

JUDAISMO EN TRANSICIÓN *

Eric Werner

No anhelamos derechos otorgados de mala gana; están equiparados a un igual número de injusticias. No nos conformamos con concesiones compasivas; detestamos los privilegios clandestinos. Sólo estaremos satisfechos ante un reconocimiento legítimo, universal; sólo con una igualdad incondicional veremos el final de nuestro pesar...

Leopold Zunz, prefacio a *Die Gottesdienstlichen Vorträge der Juden* (1832)

En un soleado día de la primavera de 1819, un príncipe de la familia real prusiana detuvo en la calle a Felix Mendelssohn, que tenía entonces diez años, escupió a sus pies, y exclamó: "¡Eh, judío!"

Este incidente,¹ cuidadosamente ocultado, ocurrió durante el llamado *Judensturm*, un pequeño pogromo que no pasó de saqueos, abucheos y palizas a los judíos. Sin embargo, llevó a un punto culminante las dudas y ansiedades largamente gestadas en la comunidad judía alemana, relativas a su propio estatus y al futuro de sus hijos. Los problemas legales y sociales estaban en ese momento estrechamente relacionados, ya que el estallido de 1819 confirmó sus peores temores: al fin y al cabo, no era sólo la libertad de culto lo que ambicionaban los judíos. Su misma existencia, incluso sus vidas, no estaba a salvo. La mayoría de los espejismos de libertad e igualdad, que el gobierno de Prusia había evocado desde 1806, y que los judíos habían contemplado con impaciente esperanza, se habían desvanecido en palabras vacías y habían dejado en su lugar un amenazador vacío de terrible inseguridad.

Tanto los aspectos legales como sociales del problema eran bastante complejos y, por otra parte, habían sido confundidos por los intereses creados de partidarios y detractores de la emancipación judía. La constitución de los Estados Unidos había garantizado la separación estricta entre iglesia y estado.

* "Judaism in transition", perteneciente a Mendelssohn, *A New Image of the Composer and his Age*. The Free Press of Glencoe, Macmillan (1963).

¹ Publicado sólo en la obra de Varnhagen van Ense *Denkwürdigkeiten*, vol. 9 (1819-20).

Tal medida era casi impensable en Europa; incluso la Revolución Francesa y Napoleón tuvieron que llegar a un “pacto de caballeros” con la Iglesia.

De acuerdo con las condiciones predominantes, la posición legal de los judíos era, como mínimo, controvertida. En Estados Unidos, todos los ciudadanos eran y son iguales ante la ley, y, puesto que la constitución sirve como garante de los derechos del ciudadano, los judíos tenían derecho a la igualdad legal; lo que no supone ni suponía necesariamente la igualdad social. En Europa, por el contrario, la igualdad social de los judíos precedió muchos años a su reconocimiento legal, en algunos casos un siglo entero.

En 1791, Francia había declarado a todos los judíos franceses ciudadanos de pleno derecho; la política austríaca había vacilado entre débiles intentos de “tolerancia,” junto con un moderado reconocimiento por parte del emperador José II en 1781, y una casi completa revocación y una retirada parcial de los derechos judíos en 1815. Siguiendo el exitoso ejemplo francés, y estimulado por genuinos impulsos humanitarios, el canciller de Prusia, el príncipe Hardenberg, logró finalmente la igualdad legal para la comunidad judía prusiana en 1812. Esta ley se aplicó sólo a aquellas familias que previamente habían estado en posesión de ciertos privilegios y concesiones. Incluso este limitado alivio duró poco tiempo. Casi inmediatamente después de la muerte de Hardenberg en 1822, un edicto real prohibió a los judíos los puestos de gobierno, ya fuera en competencias docentes, judiciales o administrativas.²

Desde el principio, prácticamente todos los partidarios de la escuela romántica se opusieron a la emancipación legal. Esta oposición tenía muchas raíces. La reacción patriótica contra la hegemonía y opresión francesas desacreditaba la emancipación como producto de la reprobada revolución francesa. Tras las guerras de liberación (1812-1815), se había desarrollado un ambiente espiritual en Alemania, en el que las ideas del primer cristianismo se mezclaban con conceptos de la caballería teutónica. La atmósfera se volvió palpablemente tensa y hostil entre los años 1816 y 1835. Fue en esta atmósfera, donde surgió el ideal de estado cristiano-germánico.³ Este concepto era incompatible con el principio básicamente democrático de la emancipación judía, con el espíritu y la letra de la ley.

En efecto, muchas cosas habían cambiado desde la muerte de Moses Mendelssohn en 1786. Había una inclinación a quemar los ídolos que la generación anterior había adorado: racionalismo, cosmopolitismo, la Revolución Francesa y la Ilustración de un Rousseau o un Voltaire. Si, haciendo eso, la idea básica de judaísmo podía ser golpeada, tanto mejor. Esto no fue directamente proyectado como un ataque a los judíos en tanto que individuos. Muchos de

² Margolis y Marx, *History of the Jewish People* (Philadelphia, 1927), pág.635. Véase también, de Ernst Heilborn, *Zwischen zwei Revolutionen* (Berlin, 1927); vol. I, pág. 87.

³ Selma Stern-Täubler, “*Der Literarische Kampf um die Emanzipation in den Jahren 1816-20*”. Hebrew Union College Annual (Cincinnati, 1950-51); vol. II, pág. 171.

los líderes del romanticismo alemán habían tendido lazos de amistad con judíos, hasta el punto de celebrarse matrimonios mixtos. Pero los principios morales y sociales del judaísmo constituían, en su opinión, un peligro para la nación alemana, ya que obligaron a sus partidarios a formar un “estado dentro del estado.” Ya en 1793, el filósofo alemán Fichte comentó:

Se está extendiendo, por casi todos los países de Europa, un poderoso estado, que combate contra todos los demás [...]. Este estado es el judío. El único modo que veo para darles derechos civiles, es cortarles las cabezas en una sola noche, y proporcionarles unas nuevas, carentes de toda idea judía...

Otros vieron en la emancipación, un peligro para la religión cristiana, y aconsejaron a los gobiernos que no interfiriesen en la Divina Providencia, que había decretado la represión del judaísmo y sus seguidores como castigo eterno. Naturalmente, tampoco faltaron razones económicas y temores por la competencia mercantil de los judíos, aunque rara vez fueron expresadas de manera franca.

Los ciudadanos no judíos defensores de la emancipación aceptaron el reto. Ellos defendían, sin embargo, no el judaísmo o sus principios, sino a los judíos, y pusieron de manifiesto los errores de los gobiernos cristianos, que habían provocado la desmoralización y la humillación judía. Reclamaban para los ciudadanos judíos igualdad verdadera ante la ley, educación obligatoria por el gobierno, y esperaban que un mejor entendimiento de la historia lograra para ellos, gradualmente, lo que la ley formal no podía o no quería lograr.

La reacción judía, además, no fue ni uniforme ni totalmente afirmativa. Una actitud, sin embargo, era común a varios grupos: los representantes de los judíos alemanes, la mayoría de ellos discípulos de la escuela de pensamiento de Moses Mendelssohn, veían la lucha a favor y en contra de la emancipación con absoluta perplejidad. No estaban lo bastante cerca de las luchas internas del alma teutónica, como para apreciar esta aparentemente inmotivada inversión de todos aquellos valores que había defendido la generación anterior. En otros aspectos, y dependiendo de su posición social o religiosa, las reacciones judías fueron de todo tipo, desde la aceptación entusiasta hasta la firme negativa del concepto de emancipación.

El grupo ortodoxo, por ejemplo, se oponía a las ideas de emancipación, puesto que privaba a las comunidades judías de su antigua autonomía; los rabinos abominaban especialmente la idea de tener que renunciar a buena parte de sus derechos establecidos. Una reacción bastante diferente fue la de un grupo de pensadores judíos que vacilaba entre deplorar y aclamar el nuevo estatus, y que se lamentaba de la injusticia interminable y opresión hacia sus correligionarios judíos. Totalmente diferente, además, fue la actitud del “círculo literario”, cuyas ideas y sentimientos estaban determinados no por los ideales judíos, sino por la civilización alemana y francesa. Estaban tan profundamente influidos por la experiencia de la cultura

europea que, ante la presencia de ese glorioso nuevo mundo de la literatura y el arte, todos los valores del judaísmo desaparecían como “una prenda vieja que se tira.” Fueron mucho más vulnerables, cuando empezaron a percibir los nuevos sentimientos antisemitas de la joven generación alemana. Un amor no correspondido y el amargo desengaño fueron su suerte común. Hombres como el poeta Heine y el escritor Boerne deben ser considerados representantes típicos de este grupo. El conflicto entre su origen judío y su amor por la cultura alemana les conducía a menudo hacia un callejón sin salida, del que no había salida, sin otra posibilidad que el odio a sí mismo y la misantropía generalizada.

Otro reducido grupo de judíos descubrió su afinidad por la teología protestante del romanticismo; estos hombres rompieron toda relación con el judaísmo y los judíos, llegando a ser paladines del luteranismo, y lo dirigieron hacia una nueva ambición y vigor. Creían que el judaísmo había cumplido su misión extendiendo el monoteísmo y dando a conocer a Jesús entre la humanidad. Esta misión estaba cumplida y finalizada; para ellos el judaísmo no tenía más propósitos.

En oposición constructiva a los negativos, a los “alemanes continuistas”, a los neo-protestantes y al resto de derrotistas y a los Weltschmerzler surgió un reducido, pero altamente articulado grupo de entusiastas de los eternos ideales del judaísmo. Vieron en la exploración científica de las fuentes de la civilización judía el mejor medio de asegurar un asidero espiritual para sus hermanos. Predicaban, al igual que los humanistas del Renacimiento, que “*ad fontes*” y la “ciencia del judaísmo” eran, en su opinión, el único modo de salvaguardar la posición judía respecto de la religión, el estado, la nación y la humanidad. Esta minoría tuvo que sobrevivir y vencer con el tiempo al resto de grupos; sin embargo, incluía a algunos hombres que no permanecieron fieles a su ideal, como Heine o su amigo Eduard Gans, quienes en sus últimos años tomaron el camino más fácil de la conversión formal, para obtener “el billete de entrada a la civilización europea”.

Como desafío y respuesta a la *Judensturm* de 1819, fundaron ese mismo año la *Verein für Kultur und Wissenschaft der Juden* (Sociedad para la cultura y ciencia judía). Aceptaron la emancipación, pero la consideraron sólo un paso hacia la dirección correcta. Tampoco podían identificarse con la actitud intransigente de la ortodoxia. Para ellos, el judaísmo era un todo que abarcaba todos los aspectos de la vida humana, del arte a las leyes, de la literatura a la ciencia. Abogaban por una asimilación activa y constructiva, pero se negaban a renunciar a su identidad como judíos y miembros de la órbita cultural del judaísmo. “Mezclarse no es perecer”, escribió Gans.

Sus ideas sobre una emancipación judía real fueron mejor resumidas por Leopold Zunz, el padre de la “ciencia del judaísmo”. En 1832 escribió:

Ya es hora de que a los judíos [...] les sean otorgados, no derechos ni libertades, sino el derecho y la libertad; no privilegios miserables y humillantes, sino la ciudadanía completa y elevada. No anhelamos [...] prerrogativas subrepticias [...]. Sólo con un estatus legal común al resto de los ciudadanos, podremos estar satisfechos; sólo con la igualdad incuestionable podremos encontrar el final de nuestro sufrimiento. La libertad que libera la mano sólo para amordazar lengua y conciencia, la tolerancia que se deleita no en nuestro progreso, sino en nuestra decadencia,⁴ la postura cívica que ofrece protección sin honor, cargas sin perspectivas, todo esto lo rechazo como carente de amor y justicia, como elementos vanos de la entidad política, que sólo pueden engendrar enfermedades malignas en detrimento del individuo y de la colectividad...⁵

Fuera y dentro de estos grupos claramente reducidos, hubo innumerables oportunistas y tibios seguidores de uno u otro grupo. En muchos casos, es extremadamente difícil identificar por completo a una persona o a una familia con una de estas actitudes; no sólo las condiciones cambiaban rápidamente, sino que el judío rara vez estaba en condiciones de ser capaz de definir sus pretensiones en un momento dado. Sus sentimientos y pensamientos oscilaban entre la esperanza y la desesperación, entre el orgullo por la cultura judía y el desprecio hacia ella, entre la observancia estricta y el completo agnosticismo.

La familia de Mendelssohn se encontraba atrapada en estas aguas turbulentas y tendencias conflictivas. Ellos y sus parientes más cercanos, los Itzigs, tenían contacto con todos los grupos judíos, así como con la intelectualidad alemana. De hecho, en virtud de su apellido y su gran prestigio, vivían en el mismo centro del pensamiento y la acción, y su actitud era imitada por miles de judíos alemanes.

Cuando en 1812, se decretó, en principio, la emancipación legal de los judíos alemanes, siguió en buena medida el modelo establecido por la República Francesa. Desde entonces, la posición legal de los judíos de Prusia estaba clara, aunque cuestionada. Por supuesto, no estaba sujeta a la decisión o modificación individual, a menos que se eligiese dar el paso hacia la conversión y a la igualdad civil completa como recompensa.

La posición social, sin embargo, permaneció como un asunto de estatus personal de cada ciudadano judío, y su reconocimiento o rechazo por su vecino no judío. Se dieron todas las posibilidades, desde el completo aislamiento del forzado gueto judío, sin ser un gueto real, como lo describe Heine, hasta la completa igualdad social con la más alta intelectualidad e incluso la nobleza, como encontramos en los numerosos salones judíos de Berlín, entre los cuales la casa de Abraham y Lea Mendelssohn no era el menos importante.

Lea había simpatizado siempre con la solución radical ofrecida por la conversión a la iglesia protestante. Característico de su actitud son los siguientes pasajes de una carta que escribió mucho tiempo antes de casarse con Abraham Mendelssohn. En ellos se expresaba en

⁴ Este es un ataque implícito a la política de los teólogos protestantes, quienes, siguiendo el ejemplo de Schleiermacher, predicaban la tolerancia para hacer más prosélitos judíos.

⁵ L. Zunz, *Die Gottesdienstlichen Vorträge der Juden*; Berlín, 1832; págs. iii-iv.

términos inequívocos sobre el controvertido asunto de la conversión:

Itzig ha terminado sus estudios en Wittenberg, y por el momento está aquí. ¿Qué dirías si te digo que se ha convertido al cristianismo? El lugar de nacimiento de Lutero y los lugares sagrados de sus enseñanzas le han influido hasta el punto de no poder resistir el deseo de ser bautizado bajo la imagen de ese gran hombre, y de este modo, estar casi protegido por él. Con este paso en beneficio de su alma, ha conseguido también la ventaja mundana de ser nombrado por el gobierno dentro de poco [...] Espero que permanezca fiel a su decisión. No puedo describir cuánto deseo esto: la mayoría de los renegados [!] han hecho esta medida despreciable por su propia mala conducta [...] Si alguien siguiera adelante, alguien que por su integridad, firmeza de convicción y deseo mundano en su conducta [...] diera un ejemplo honorable, serían invalidados buena parte de todos los prejuicios, perfectamente fundados, de los judíos hacia los conversos. ¡Cómo desearía que pudiéramos hacer esto sin esta hipocresía!, pero el anhelo de una esfera de trabajo más alta que la de un mercader, y miles de delicados sentimientos, que el trato estrecho con seguidores de otras religiones evoca en los jóvenes corazones, no dejan otra alternativa [que esta hipocresía] [...]⁶

De este modo, totalmente realista, casi cínicamente, valoraba Lea la situación judía, según su parecer. El Itzig, a cuya conversión se refería, era su primo Julius Eduard, quien aceptó el nombre de Hitzig con su conversión, un acto que Heine ridiculizó en versos. Naturalmente, esta obra de estudiados insultos no aumentó precisamente la popularidad de Heine para los Mendelssohn o los Hitzig. A pesar de su distante relación con la familia Heine, Julius Eduard Hitzig, el blanco de la sátira de Heine, era primo de Lea Mendelssohn, y alcanzó considerable fama como criminólogo y jurista. Visto desde nuestra perspectiva, todo el asunto parece bastante absurdo, por cuanto que un converso ridiculice a otro a causa de las consecuencias naturales de la conversión.

Mucho más radical que Lea, en pensamiento y acción, fue su hermano Jacob Lewin Salomon.

A través de él, el nombre Bartholdy entró en esta rama de la familia. Había heredado de su abuelo Itzig una hermosa mansión con jardín, apodada "Pequeña sans-souci". Su primer propietario, más de cien años antes, había sido un alcalde del pueblo de Neukölln, llamado Bartholdy. Cuando Salomon decidió, muy en contra del deseo de su ortodoxa madre, abrazar la fe cristiana, reemplazó el judío Salomon por el berlinés Bartholdy. No satisfecho con esto, persuadió a su cuñado Abraham Mendelssohn para añadir este nombre al sonoramente judío Mendelssohn. Una parte de esta persuasiva carta ha sido publicada; junto con este preámbulo,

⁶ Carta de Lea a G. Merkel, en *Hensel, F. M.*; vol. I, pág. 94 y ss. (no aparece en ediciones anteriores). A pesar de todo, incluso esta renuncia radical a todos los valores judíos no facilitó a los apóstatas la completa igualdad social. Un escándalo característico y largamente encubierto, originado en la casa de Sara Levy, comprometió al hermano de J.E. Hitzig, Moritz y al conocido poeta Achim von Arnim. Este escándalo se volvió en contra de este último y prácticamente arruinó su carrera. En el apéndice del libro Mendelssohn, *A New Image of the Composer and his Age*, de Eric Werner (pág. 524; ed. *The Free Press of Glencoe*, Macmillan [1963]) se relata por entero el absurdo asunto, como se describió en un artículo no publicado de Varnhagen van Ense. Estoy muy agradecido a D^a Margarete Gotthelf, Ph. D. Haifa, por haber facilitado el documento.

hasta ahora no publicado, constituye un documento característico de la actitud del sálvese quien pueda de las clases altas judías.

No me convencen del todo tus argumentos de lealtad a tu apellido y fe. Estos argumentos se han invalidado en nuestra era, tanto por razones internas como externas. Dices que se lo debes a la memoria de tu padre, pero ¿crees que has hecho algo malo en darles a tus hijos la religión que te parece mejor? Es el homenaje más justo que tú o cualquiera de nosotros podría pagar por los esfuerzos de tu padre por promocionar la verdadera luz y conocimiento, y él habría actuado como tú por sus hijos, y quizás como yo por sí mismo. Puedes permanecer fiel a una religión oprimida y perseguida; puedes dejarla a tus hijos como perspectiva de martirio para toda la vida, mientras creas que es la verdad absoluta. Pero una vez que hayas cesado de creer eso, es barbarismo. Te aconsejo que adoptes el nombre de Mendelssohn Bartholdy para distinguirse del resto de los Mendelssohn.

La carta refleja fielmente la personalidad de su autor. Nos puede gustar su razonamiento o no; parece ser lógico y lleno de consideración hacia su familia, en ocasiones oportunista. La completa falta de comprensión histórica del judaísmo entre los intelectuales de esa generación loca por la emancipación, había sido observada por muchos estudiosos de este periodo histórico. Bartholdy compartió esta deficiencia con sus contemporáneos. Esto es lo más asombroso, ya que él era un competente historiador del arte de la antigua Grecia y del Renacimiento. Su estudio sobre Micenas (1805), y su esmerada colección de escultura y cerámica de la familia Della Robbia, le aseguraban un lugar honorable entre los eruditos de la arqueología y de la historia del arte del siglo diecinueve.

A pesar de estos logros, fue despreciado por muchas personas influyentes que conocía. Hombres tan diferentes como el barón Gentz, el confidente del príncipe Metternich, y el enviado prusiano en el Vaticano, von Niebuhr, le llamaron “canalla demagógico” y “una verdadera desgracia para [el canciller] Hardenberg, a causa de su ingenio, que a veces rayaba en la ausencia de escrúpulos”.

El cardenal Ercole Consalvi, que se sentía obligado hacia Bartholdy, había conseguido, por mediación de él, la posición de cónsul general prusiano en Roma. Su tarea era observar, de primera mano, las corrientes y tensiones políticas que se extendían entonces en toda Italia. Cumplió su deber con sagacidad e incluso valor: su libro *The Carbonaria*, sobre la revolución napolitana, le muestra a él, enemigo de toda conspiración política, como un estadista clarividente, casi profético. Quizás su necrología en la *Deutsche Allgemeine Zeitung* (1825) es lo que le caracteriza mejor:

Se sentía con derecho a una posición más elevada que la de su nacimiento, su figura desgarbada, y sus estudios más amplios que profundos parecían justificar. Se sentía agradecido hacia nobles de rancio linaje [...] por tolerarle en su sociedad; quería ser amado, temido, indispensable, ser todo para todos, en constante dominio, para ser tolerado [...]. Todo ello, para mantener una situación que otro hombre podría conseguir sin estar constantemente pensando en ello o preocupado por ello.

Siendo una persona realista, así como un esnob empedernido, se oponía a la música como profesión, e intentó prevenir a su sobrino Felix, para que no abrazase la carrera de músico profesional, como atestiguan tres cartas de severa expresión. Poco sorprende que Felix estuviera resentido con el hombre que amenazaba con impedirle sus actividades musicales.

A primera vista, parecería como si Abraham Mendelssohn compartiera los puntos de vista y las actitudes de su cuñado hacia el judaísmo y otros problemas. Creer esto, sin embargo, sería un grave error; puesto que es difícil encontrar a dos personas tan diferentes como estos dos hombres.

Carta de Lea a Felix:

Tu padre arruina, para él y para nosotros, nuestra buena y placentera vida [...] Se comporta casi como un hombre oprimido por la pena, la tristeza y el abatimiento. ¡Oh Señor, qué feliz podría ser este hombre y cuánta felicidad podría irradiar! Sin embargo él, el alma de marido y padre, está eternamente en duda sobre algo, en lo más profundo de su corazón. Ni siquiera yo sé qué es lo que causa sus constantes dudas...⁷

Así describe Lea a su marido en un momento en el que la fama de su hijo crecía rápidamente, cuando prosperaba su propio negocio, cuando todo parecía ir lo mejor posible.

Al igual que su hermano, Lea prefería tener en su salón a notables de cualquier clase, celebridades por nacimiento o por logros. Su marido se burlaba de este esnobismo, bromeando con sus "inclinaciones aristocráticas." En cuanto a él, solía definir su posición con las famosas palabras: "Antes yo era el hijo de un padre, ahora soy el padre de un hijo." Hay algo más que un poco de amargura implícita en esta ocurrencia aparentemente inofensiva. Pues sentía de la forma más intensa la pesada responsabilidad de su apellido. Fue uno de los pocos judíos que comprendió por completo el dilema de su época. Mientras que para su mujer e hijas el judaísmo significaba poco, y era una vieja idea obsoleta, mejor tomada en silencio o en broma, él lo tomaba muy en serio. Aunque no simpatizaba con las formas ortodoxas, entonces prevalecientes, de la observancia judía, nunca se permitió hacer un chiste sobre judíos o incluso la más leve indirecta de una expresión *yiddish* (abundantes en las cartas de su mujer e hijas). Los sentimientos de hijo fiel impregnan esta carta sobre el centenario del nacimiento de su padre:

El día 10 de septiembre de 1829 se bendicirá y celebrará el centésimo cumpleaños de mi inolvidable padre. La comunidad judía fundará, para esa ocasión, un orfanato, y le pondrá su nombre. [Ésta fue la misma institución para la que la tía de su mujer, Sara Levy, donó 20.000 táleros]. La idea me atrae mucho, y contribuiré a ella tanto como sea posible. Sin embargo, cada día me vuelvo más enemigo de formas, fiestas y celebraciones.⁸

⁷ Carta no publicada de octubre de 1830.

⁸ Carta no publicada a Felix.

Abraham veneraba a su padre del modo en que él esperaba ser respetado por sus hijos. Hizo todo, conscientemente o no, para crear y fomentar en la mente de sus hijos un romanticismo familiar, en el que él y Moses finalmente se unirían en una sola imagen del "Gran Padre." Tuvo éxito en este intento. La profunda dicotomía que existía entre el pensamiento y el comportamiento de su padre en asuntos judíos, y que sólo se salvaba en el caso de Moses, se convirtió en una ruptura abierta en la vida de Abraham. Para él, la conversión no era más que una formalidad a la que tenía que someterse, puesto que todos sus hijos eran cristianos. En una conocida carta, con ocasión de la confirmación de Fanny, dijo:

La forma en la que tu profesor [protestante] te ha instruido es histórica y, como todas las ordenanzas humanas, sujeta a cambio [...] Nosotros, tu madre y yo, fuimos educados en el judaísmo, y éramos capaces, sin tener que cambiar esta forma, de obedecer a Dios dentro de nosotros mismos y nuestra conciencia...

Años después de su bautismo intercambiaba cartas, que incluían citas talmúdicas, con otro converso, el compositor y pianista Ignaz Moscheles, el paternal amigo de Felix. Su comprensión del judaísmo era filosófica y carecía por completo de sentido histórico. Sin embargo, no perdonó sus propios sentimientos ni los de su hijo en este asunto. Orgulloso como estaba del apellido que llevaba, exigía de forma categórica que Felix lo omitiera completamente, por razones de integridad intelectual y honesta consecuencia. Si el nombre de Mendelssohn significa hoy todo en el mundo de la música, lo es por la insistencia de Felix en conservarlo.

En una larga carta a Felix, Abraham trata el asunto entero de su nombre y su alteración, así como las razones para su conversión al cristianismo. Esta carta es un importante documento histórico; pero más que eso, arroja mucha luz sobre Abraham como ser humano. Dejando a un lado el tono de severo paternalismo, se aprecia en cada línea el cariño por su hijo. Citamos el texto completo de esta importante carta:

Berlín, 8 de julio de 1829

Querido Felix:

La carta familiar de hoy te llegará totalmente sin mi intervención. Quiero, por lo tanto, escribirte aparte, ya que tengo que tratar contigo un asunto más serio.

Tengo la sospecha de que has suprimido u olvidado, o permitido a otros suprimir u olvidar, el apellido que he adoptado como apellido de nuestra familia, el apellido de Bartholdy. En los programas de conciertos que me has enviado, así como en los artículos de periódicos, aparece tu apellido como Mendelssohn. Esto sólo puedo explicarlo suponiendo que tú habrás sido la causa.

Pues bien, estoy muy descontento con esto. Si tú tienes la culpa, has cometido un enorme error.

Después de todo, un apellido es sólo un apellido, ni más ni menos. Sin embargo, mientras estés bajo la autoridad de tu padre, tienes el deber claro e incontestable de ser llamado con el apellido de tu padre. Además, es tu deber inexcusable, así como razonable, el dar por sentado que lo que hace tu padre, lo hace por razones válidas y con la debida reflexión.

En nuestro viaje a París, tras esa noche vertiginosa,⁹ me preguntaste las razones por las que habíamos cambiado el apellido. Te di con detenimiento esas razones. Si las has olvidado, podías habérmelas preguntado otra vez. Si mis razones parecían poco convincentes, deberías haberlas rebatido con razones mejores. Prefiero creer lo primero, porque soy incapaz de pensar en razones de contrapeso. Repetiré aquí mis argumentos y mis puntos de vista.

Mi abuelo se llamaba Mendel Dessau. Cuando mi padre, su hijo, avanzó hacia el mundo y empezó a ser conocido, y cuando emprendió el proyecto, que nunca podrá ser suficientemente elogiado, ese noble proyecto de sacar a sus hermanos de la enorme degradación en la que se habían hundido, y hacer esto difundiendo entre ellos una educación mejor, se dio cuenta de que el nombre de Moses ben Mendel Dessau sería para él una desventaja en la consecución del acceso necesario a aquellos que tenían a su disposición la mejor educación. Sin temor a que su padre se ofendiera, mi padre adoptó el nombre de Mendelssohn.¹⁰ El cambio, aunque pequeño, fue decisivo. Como Mendelssohn, quedó irrevocablemente separado de un grupo entero, al mejor de los cuales elevó a su propio nivel. Con este nombre se identificó con un grupo distinto. Mediante la influencia que ejerció de forma sabia y digna, con su palabra, su pluma y sus hechos -una influencia, siempre en aumento, que persiste hasta hoy- el nombre de Mendelssohn adquirió una trascendencia mesiánica¹¹ y una importancia que desafía su extinción. Esto, considerando que fuiste educado como cristiano, difícilmente puedes entenderlo. Un Mendelssohn cristiano es imposible. El mundo nunca reconocería a un Mendelssohn cristiano. Ni debería haber un Mendelssohn cristiano, ya que mi padre no quería ser cristiano. "Mendelssohn" ahora y siempre representará a un judaísmo en transición. Mientras, el judaísmo, precisamente porque busca convertirse espiritualmente, se aferra a su antigua forma de la manera más terca y tenaz posible, a modo de protesta contra la nueva forma,¹² que declara, de manera arrogante y tiránica, ser el único camino hacia el bien.

El punto de vista, al que mi padre y luego mi propia generación me comprometió, me impone otros deberes hacia vosotros, mis hijos, y pone en mis manos otros medios para cumplirlos. He aprendido, y hasta mi último aliento no lo olvidaré, que mientras que la verdad es una y eterna, sus formas son muchas y transitorias. Este es el motivo por el que, mientras lo permitía el gobierno bajo el que vivíamos,¹³ os eduqué sin religión de ningún tipo. Quería que profesarais cualquiera de vuestras creencias que pudiera favoreceros o, si lo preferíais, lo que podría dictar la conveniencia. Pero no pudo ser así. Estaba obligado a elegir por vosotros.¹⁴ Naturalmente, si consideras la escasa importancia que di a cualquier forma en particular, no sentía ningún deseo de elegir la forma conocida como judaísmo, la más anticuada, tergiversada y contraproducente de todas. Por lo tanto, os eduqué como cristianos, siendo el cristianismo la forma más purificada y una de las más aceptadas por la mayor parte del mundo civilizado. Finalmente, yo mismo adopté el cristianismo, porque sentía que era mi deber hacer por mí mismo lo que reconocía que era lo mejor para vosotros. Igual que mi padre encontró necesario modificar su nombre según las condiciones, mi devoción filial, así como la prudencia, me impulsaron a adaptarme de forma parecida.

Debo aquí reprocharme una debilidad, aunque perdonable. Debería haber hecho decisiva y minuciosamente lo que consideraba justo. Debería haber descartado por completo el nombre de Mendelssohn. Debería haber adoptado exclusivamente el nuevo nombre. Se lo debía a mi padre. Mi razón para no hacerlo era mi hábito largamente establecido de perdonar a aquellos cercanos a mí y prevenir juicios perversos y venenosos. Me equivoqué. Mi propósito era simplemente prepararos un camino de transición, haciendo más fácil para voso-

⁹ En el año 1825, cuando Felix tenía dieciséis años.

¹⁰ Abraham Mendelssohn parece haber olvidado, o desconocer, que su padre, al final de su vida, utilizó un sello con la inscripción hebrea: "Moses, el forastero de Dessau"

¹¹ Esto alude a la expresión hebrea "Ben Menahem", un apelativo para el Mesías.

¹² Lo que Abraham Mendelssohn quiere decir con "*die neue Form*", no está claro. Podía haber tenido en mente el movimiento de reforma de Israel Jacobson, que parecía detestar, o de otro modo el cristianismo ortodoxo.

¹³ Esto hace referencia a la época en la que los Mendelssohn vivieron en Hamburgo, bajo las autoridades francesas de ocupación.

¹⁴ Después de las leyes prusianas de emancipación de 1812. Abraham había vuelto por entonces a Berlín.

tros el no tener que perdonar a nadie ni tener que preocuparse por nada. En París, cuando tú, Felix, estabas listo para entrar en el mundo y darte a conocer, hice grabar deliberadamente en tus tarjetas de visita: Felix M. Bartholdy. No aceptaste mi forma de pensar. Fui bastante débil, y dejé de insistir. Ahora sólo deseo, aunque ni lo espero ni lo merezco, que mi actual intervención no haya llegado demasiado tarde.

No puedes, no debes llevar el nombre de Mendelssohn. Felix Mendelssohn Bartholdy es demasiado largo; es poco apto para el uso diario. Debes llamarte Felix Bartholdy. Un nombre es como una prenda de vestir; tiene que ser apropiada para la época, el uso y el rango; si no, puede llegar a ser un obstáculo y un motivo de mofa. Los ingleses, por otra parte los más formales, cambian sus nombres con frecuencia. Rara vez alguien es conocido con el nombre conferido en el bautismo. Y así es como debería ser. Repito: ya no puede haber un cristiano Mendelssohn, como no puede existir un Confucio judío. Si tu nombre es Mendelssohn, eres *ipso facto* un judío. Y esto, si no es por otra razón que la de ser contrario a la realidad, no puede serte útil. Querido Felix, tómate esto en serio y actúa en consecuencia.

Tu padre y amigo

La carta era bienintencionada, y estaba escrita con espíritu de meditada honradez; no obstante, era tan poco realista como lo parece hoy. Ya que el desprecio de Abraham por la “*forma per se*” tenía una apropiada función sólo como concepto estrictamente filosófico, tomado de Kant, nunca sería aplicable a la vida real.

Felix respondió más bien disculpándose, a la carta de su padre. De todos modos, dirigió los cuatro conciertos en Londres con el nombre de Felix Mendelssohn Bartholdy, a pesar de la advertencia de su padre. Es bastante probable, que fuese un acto hostil hacia su tío Bartholdy, que por entonces ya había muerto. A este respecto, Felix no estaba solo. Su hermana Rebecca, a menudo, firmaba sus cartas como Rebecca Mendelssohn *meden* (“nunca” en griego) Bartholdy.

Abraham era una figura trágica. De extraordinaria inteligencia y esmerada educación, había leído mucho, y fue el hijo más dotado de Moses Mendelssohn. Racionalista radical y kantiano como era, carecía de toda comprensión de los significados emocionales e históricos del judaísmo. Desprovisto de una fe profunda, que distinguía a su padre y a su hijo, era capaz de una especulación aguda, penetrante e incluso filosófica sobre una base crítica o fenomenológica. Examinaba sólo el presente y sus problemas, y sólo en su forma presente; le deslumbraban y le dejaban perplejo, y por ello no prestaba atención a ningún significado del pasado ni a un potencial futuro.

Su sentido de la responsabilidad y un sentido del deber casi pesimista se muestra en cada una de sus extensas cartas. Cuando Felix, lleno de júbilo, envió a casa una hermosa carta del vijo Goethe, dirigida a él, su padre respondió severamente (13 de junio de 1830):

Esa carta de Goethe me ha hecho darme cuenta otra vez de la pesada y responsable obligación que has emprendido, mi querido Felix, y con la que, en tu vida, habrás de cumplir.

Esto no era, de ningún modo, la manera en que Felix había entendido la carta a primera vista. Pero cuanto más maduraba el hijo, más aceptaba los puntos de vista éticos de su padre y los intensificaba mediante sus propios sentimientos intensamente religiosos. El estudio de la relación entre padre e hijo, por tanto, ofrece una visión de profundo significado.

Abraham, el racionalista, podría ser visto como un sagaz precursor de la "cultura ética". Con motivo de la confirmación de su hija Fanny (Pentecostés, 1820), le escribió una carta de bella expresión, que culminaba con estas frases:

¿Existe Dios? ¿Qué es Dios? ¿Es Él una parte de nosotros mismos, que continúa viviendo eternamente, permaneciendo inmortal, después de que la otra parte haya dejado de existir? ¿Y dónde? ¿Y cómo? Ignoro una respuesta a estas preguntas, y nunca te he enseñado nada sobre esto. Sé, sin embargo, que vive en mí, en ti y en todos los seres humanos, un eterno impulso hacia todo lo bueno, lo verdadero, lo justo, y una conciencia que nos previene y nos guía, cuando nos descarriamos. Lo sé, lo creo y vivo en esta fe, y ésta es mi religión...

La educación totalmente humanística de Felix –quizás la única influencia duradera de su abuelo Moses– moldeó su punto de vista y sus relaciones con el entorno. Veneraba a su padre, quien de manera más fiel transmitía el ideal humanista; sin embargo, le temía bastante a menudo. Existen muchas razones para creer que estas emociones ambivalentes determinaron la actitud del hijo hacia otros hombres, y aún más hacia las mujeres.

A una edad relativamente temprana, seleccionó su propio círculo de amigos y confidentes. En el continente, no hizo ninguna amistad íntima hasta después de sus veintidós años. De hecho, rehusó, durante sus numerosos viajes y estancias, hacer nuevos amigos. Sólo las personas que, o bien eran parientes o habían sido miembros de aquel grupo esotérico de amigos que habían llenado la casa de su padre en Berlín, podían acercarse a él. Esta extraña reserva, en contraste con el patrón general de su comunicativa personalidad, es desconcertante, sobre todo por las desviaciones de ella. Ya que en Inglaterra, se permitía salirse de su camino, para ganar nuevos amigos, y tenía éxito. ¿Por qué esta doble norma para Inglaterra y para el continente? ¿Por qué esta timidez general hacia los hombres, acentuada por su popularidad con las mujeres? ¿Por qué un hombre así, dotado de perspicacia, una mente brillante, un corazón afectuoso y sentido del humor, se confinó a sí mismo en el estrecho círculo de familiares y amigos de su juventud? La propensión de Felix hacia una cierta exclusividad no era, por supuesto, un secreto. Mientras que su padre le advirtió una vez contra esta autosuficiencia, su madre simpatizaba con ésta y no encontraba nada malo en esta actitud.

El cuñado de Felix, el pintor Hensel, sugirió esto en una caricatura alegórica, llamada "La rueda". Representaba la compañía completa de los Mendelssohn como una rueda, cuyo centro es Felix, haciendo música como Arión. Los radios están formados por sus hermanas y

amigos de la familia. La rueda está fuertemente cerrada, inaccesible al mundo exterior, permaneciendo sola en sí misma.

Quizás sería más acertado describir la actitud de Felix como "defensiva". Ya que había tenido varias experiencias bastante desagradables durante su juventud y temprana adolescencia, y se sentía como el chico quemado del proverbio. Se podrían enumerar algunos de estos golpes. Siendo educado en los albores de la emancipación, en una familia cuyas costumbres eran todavía judías en muchos sentidos, conoció judíos y no judíos en la misma proporción, en los salones de sus padres y amigos. Pero aún así, era blanco de prejuicios. El insulto del príncipe al niño de diez años durante la "*Judensturm*", ya ha sido mencionado. Otro incidente ocurrió en 1824, cuando Felix tenía quince años. La familia pasaba sus vacaciones en Dobberan, un balneario muy frecuentado entonces en el Báltico. En esa ocasión, Felix y su querida hermana Fanny fueron insultados por golfillos callejeros que gritaron "judío", y que al final les tiraron piedras. Felix defendió a su hermana enérgica e incondicionalmente, pero pareció derrumbarse después. Su tutor, J. L. Heyse, escribe concisamente sobre el incidente:

Felix se comportó como un hombre, pero después de volver a casa, no pudo controlar su furia por la humillación, con lo que por la noche rompió en un mar de lágrimas y salvajes acusaciones.

Y por tercera vez, su equilibrio mental fue sacudido en 1832, cuando su familia, muy en contra de su deseo, le convenció para presentarse como candidato al puesto de director de la *Singakademie* de Berlín. Sufrió un severo revés; la *Singakademie* no elegiría a un "judío," por muy brillante que fuera. Preferían una mediocridad, Herrn Rungenhagen, cuya dirección fue responsable en gran medida del estancamiento de la vida musical berlinesa durante los años 1830 a 1850. Un influyente escritor y crítico musical, L. Rellstab, amigo de Felix, expresó con más pena que enfado:

Esperamos que el joven artista no haya sido detenido por las múltiples indignidades que tuvo que sufrir como recompensa a su entusiasmo por lo bueno y artísticamente noble -¡y que no haya perdido su iniciativa para esforzarse de nuevo para las más altas metas!-

A pesar de este y otros intentos de consuelo, la humillación pública ensombreció todo lo relacionado con Berlín, y finalmente provocó que Felix asumiera una actitud más reservada hacia todos los nuevos conocidos. ¿Es pura coincidencia que en 1832, el año de la humillación, escribiera el libreto completo de un oratorio, *Moses*, para su amigo A. B. Marx? Marx lo rechazó, lo que resulta comprensible, puesto que era un apasionado converso, y el libreto tenía un estricto sabor a Antiguo Testamento, con el que Marx no quería identificarse, ya que deseaba una interpretación más cristológica. La existencia de este manuscrito (cuyas dos

LA SINFONÍA "ESCOCESA" DE MENDELSSOHN
Y LA MÚSICA DE LA MEMORIA ALEMANA

unida a su arraigado sentimiento por el destino del judaísmo, que era mucho más positivo que el de su padre. En sus cartas aparecen frecuentes indicaciones de su identificación con los judíos. Citaremos algunas de las últimas. Ciertas ideas filosóficas inherentes en el judaísmo también emergen en la correspondencia de Felix:

Londres, 29 de mayo de 1833

Dios, arte y vida no son sino uno. Como siempre dice padre: a quien trabaja de la manera más diligente en la búsqueda del conocimiento [*in der Lehre*] en su propio beneficio, todo le llegará con el tiempo: buena fortuna, éxito y la amistad de sus amigos, así como el amor de su Creador.

Lo que Felix no sabía, era que la observación de Abraham era una cita literal de "Refranes de los padres" el *Mishna Aboth*. Aquí el pasaje dice lo siguiente:

Quienquiera que trabaje en la Torah para su propio beneficio, es merecedor de muchas cosas, es llamado amigo, amado, amante del Señor, amante de la humanidad [...] y le es otorgada soberanía y dominio y juicio perspicaz [...] y es magnificado y exaltado sobre todas las cosas.

No tiene ningún reparo en repudiar muy severamente una carta bastante indiscreta de su hermana Rebecca. Ella le había escrito el 23 de junio de 1829 en relación a un pariente lejano de Moses Mendelssohn, un judío fiel que había conseguido con éxito, para disgusto de ella, ser introducido en la mejor sociedad berlinesa:

El Sr. Dessauer ha partido finalmente, no sin haber presentado a su hermana. No soy hostil hacia los judíos, pero esto es un poco torpe.

A lo que Felix respondió:

Londres, 17 de julio de 1829

¿Qué significa que no eres hostil hacia los judíos? Espero que esto sea sólo una broma; de otro modo, te reprendería más seriamente. Es realmente muy amable por tu parte que no desprecies a toda tu familia, ¿verdad? Espero de ti una detallada explicación en tu próxima carta.

Al final de su vida, Felix tuvo ocasión de probar su fidelidad a los ideales de humanismo de su abuelo. Durante los años que precedieron a la revolución de 1848, cuando reflexionaba sobre asuntos de naturaleza política, invariablemente adoptaba la postura del liberalismo contra el chauvinismo, y a veces, como en algunas de las cartas a sus amigos Gustav Droysen y Carl Klingemann, se llamaba a sí mismo "radical."

También era capaz de apreciar y de ofrecer su amistad a dos eminentes representantes de ese "judaísmo que se esforzaba por renovarse internamente de una manera espiritual pura"

(como su padre había expresado una vez en aquella memorable carta sobre su apellido), los eruditos Abraham Geiger y Julius Fürst, quienes le aconsejaron en los libretos para sus oratorios *Paulus* y *Elías*.

Una comparación de la actitud de Felix hacia los asuntos de la emancipación y sus consecuencias con la de Heine, su contemporáneo de mayor edad, ofrece una imagen impactante. Esta comparación debería permitirnos examinar en su verdadera proporción el dilema que enfrentaba a la intelectualidad judía.

El origen judío de Heine llegó a ser su destino, la causa de su grandeza y el motivo principal de su tragedia personal. Hasta los últimos años de su vida, sus sentimientos sobre el judaísmo oscilaron entre la huida, el odio hacia sí mismo, el orgullo intenso, la resignación y la aceptación positiva. Abrazó el cristianismo por razones puramente oportunistas; sin embargo, denunciaba sin piedad a todos los demás que hicieron lo mismo. En 1823, consideraba una degradación el ser bautizado para obtener una posición en Prusia. En junio de 1825 hizo exactamente eso. Cuando un amigo y converso como él, Eduard Gans, había hablado de manera entusiasta sobre la nueva religión, Heine le castigó despiadadamente: "Ayer un héroe y hoy un bribón." Más adelante se arrepintió de su apostasía; sin embargo, nunca volvió al judaísmo. En su personalidad, el sustrato judío chocaba incesantemente con la tradición ética sobrepuesta de Alemania. Finalmente, abandonó ambas esferas, y traicionó a las dos. A pesar de todo, nunca cesó de amar estas dos fuentes antagonistas de su ser.

Felix Mendelssohn fue bautizado no porque su padre considerase esto el camino más fácil para salir del dilema, sino porque vio en el cristianismo una "forma algo más pura" que la que el judaísmo podía ofrecer. Felix nunca vaciló en su actitud hacia el judaísmo. Sus enseñanzas espirituales, nacionalistas y éticas no tenían, en absoluto, significado para él, pero sentía una fuerte solidaridad dondequiera que se hicieran referencias a los judíos como individuos. Al no tener contacto con las ideas del judaísmo, nunca tomó una postura positiva hacia ellas; el conflicto entre su origen judío y la cultura germana, en la que estaba tan imbuido, le causó, no menos que a Heine, muchos dolores de cabeza; a pesar de todo, nunca llegó a odiarse o a complacerse en el *Weltschmerz* o su equivalente *Judenschmerz* (autocompasión judía). Fue fiel a la religión cristiana y la aceptó seriamente; si eligió una teología que suponía una visión más comprensiva hacia el judaísmo, demostró nuevamente lealtad a los ideales humanistas de su padre y de su abuelo. Y ciertamente, él era un buen alemán, y además un buen europeo en nuestro sentido de la expresión. En su caso, el conflicto entre germanismo y judaísmo estuvo tan cerca de una solución como podía permitir la nación alemana. ■

Traducción: Pilar Recuero